

“EN RECUERDO MÍO”



¿QUÉ ES LA MISA?

Manuel Ramos S. I.

Un banquete familiar

Somos la familia de Dios. Dios tenía un único Hijo, ya antes de que hiciese la estrella matutina. Pero le quiso hacer primogénito entre muchos hermanos. Para ello no bastaba *crear* seres inteligentes. Había que *engendrarlos*. Los hizo, pues, participar en aquella misteriosa filiación de su Hijo. Nos llamamos hijos de Dios, *y lo somos*, siempre que corre por las venas de nuestra alma la sangre misma de Dios: la gracia santificante. Somos de su familia; hijos en el Hijo; herederos y coherederos...

Una gran parte de esa familia ha llegado a la Casa del Padre —palacio de luz, mansión de eterna felicidad—. Los que aún estamos lejos, en camino hacia ella, no tenemos aún al Padre con nosotros. Las veces de Padre las hace el Hermano mayor, el Primogénito. Él es quien nos reúne en torno a su mesa, para alimentarnos en la marcha. La familia necesita reunirse. Y necesita alimentarse. Y alrededor de la misma mesa, y comiendo el mismo pan, se estrechan los lazos del amor.

Pero también el Hermano mayor está misteriosamente ausente. Hace tiempo que mu-

rió para liquidar unas cuentas muy serias de la familia. La noche antes de morir nos pidió que nos reuniéramos en su memoria... Y señaló a algunos entre los hermanos para que ocupasen su puesto, presidiendo la mesa en nombre suyo. Por eso, en su nombre, un hermano escogido entre los hermanos, reparte el pan a la familia diciendo: «tomad y comed, éste es mi cuerpo». Y el Hermano mayor, que no está muerto, sino que vive, se presenta en medio de la reunión familiar, mientras piensa, sin decirlo: «Tomás creyó porque vió; dichosos éstos que, sin verme, creen».

No hay momento más emocionante para la familia: Él está allí, nuestro Hermano mayor, el que hace con nosotros las veces de Padre. Y nos brinda a comer el Pan que ha bajado del cielo y da la vida al mundo... su carne, verdadero manjar, y su sangre, verdadera bebida.

Y nos sentimos unidos con nuestros hermanos que ya están en Casa... y con los que aún esperan purificándose en la puerta... y sobre todo nos sentimos atraídos al Padre por la fuerza de ese Impulso Espiritual que sale del Padre y del Hijo, y que hace clamar a los hijos: ¡Padre!

Un banquete familiar...

IGLESIA Y EUCARISTÍA

«Como este fragmento estaba disperso sobre los montes, y reunido se hizo uno, así sea reunida tu Iglesia de los confines de la tierra en tu Reino. Porque tuya es la gloria y el poder por Jesucristo eternamente.

Que nadie, empero, coma ni beba de vuestra Acción de gracias, sino los bautizados en el nombre del Señor, pues acerca de ello dijo el Señor: *No deis lo santo a los perros.*

Acuérdate, Señor, de tu Iglesia, para librarla de todo mal y hacerla perfecta en tu amor, y réunela de los cuatro vientos, santificada, en el reino tuyo, que has preparado. Porque tuyo es el poder y la gloria por los siglos.

Venga la gracia y pase este mundo. Hosanna al Dios de David. El que sea santo que se acerque.

El que no lo sea, que haga penitencia.

Mará, athá: Ven, Señor nuestro. Amén».

(Didaché, siglo II).

Un sacrificio a Dios

Porque Dios, nuestro Padre, es el Excelso, el Incomprensible, la Majestad infinita, Señor de los mundos... nuestro Dios bendito por los siglos. Él es el Santo, la Luz sin sombra de tinieblas. Él nuestro Bienhechor incalculable, Inspirador constante y amoroso de este sopro que llamamos nuestra vida... Él el Absoluto y Suficiente, Plenitud de riquezas, el Inexhaustible.

Y nosotros... con la nada en nuestros sótanos, con la negrura del pecado en nuestras almas, constantes pordioseros, indigentes... Hemos de postrarnos ante Él reconociendo su Majestad. Hemos de pedirle perdón. Hemos de agradecerle cuanto somos y tenemos. Hemos de suplicarle que nos siga protegiendo y nos lleve a su presencia.

Y como señal de esta adoración y satisfacción, de esta acción de gracias y petición suplicante, ¿qué obsequio podremos ofrecerle que no sea indigno de sus ojos? Nuestras vidas enteras, nuestras ilusiones libremente tronchadas, todo es ridículo por insignificante, ante esa tremenda Realidad infinita... El temor de ser rechazados nos asalta hasta la angustia.

Pero no hay por qué temer. Tenemos un obsequio que forzará a Dios a escucharnos. Un obsequio *que no puede rechazar*. Aun cuando tuviese ya su mano levantada para herirnos, cambiaría el gesto en un abrazo de Padre... Estamos ciertos. Ese obsequio es su Hijo. Se lo ofrecemos en la Misa. Él mismo, como Hermano mayor nuestro, se ofrece a su Padre. Y se ofrece en Sacrificio. Aquel sacrificio incomprensible del Calvario misteriosamente, pero verdaderamente, renovado en el altar. La misma Víctima inmolada. El mismo Sacerdote principal. Una única diferencia: el derramamiento de sangre verificado solamente en el Calvario. El estado glorioso del Cuerpo del Señor hace su repetición imposible en la Misa. Pero la separación de las especies sacramentales representa y nos muestra al vivo aquel derramamiento, indicando el estado misterioso de víctima y de muerte bajo el que se oculta el Señor en el altar.

Y nosotros nos unimos a Él. Como la gota de agua que se mezcla con el vino en el cáliz. Y así unidos, —por Él, con Él, en Él— como miembros de su Cuerpo, ofrecidos a Dios en un mismo sacrificio, *reconocemos* su Majestad Soberana tan dignamente como merece ser reconocida. Le ofrecemos la *satisfacción* que debían nuestros pecados con mayor abundancia que le arrebatamos el debido honor al ofenderle. Le agradecemos sus misericordias con la *acción de gra-*

cias —ἐὺ-χαριστία— que corresponde a su infinito amor bienhechor. Le mostramos, para que nos siga protegiendo, el motivo ineludible de emoción para su Corazón Paternal.

Un sacrificio a Dios...

Banquete sacrificial

Banquete y Sacrificio. Banquete sacrificial. Los velos del misterio nos acercan y dulcifican la Víctima divina inmolada. Apariencias de pan y de vino. Pan sobresustancial. Verdadero Pan del cielo. Pan vivo y vivificante. «*Gustad y ved cuán suave es el Señor*».

Banquete sacrificial: no sólo por tener como objeto, así dulcificada, la Víctima del Sacrificio, sino porque —banquete único— esa Comida asimila a los participantes y los arrastra consigo en su misión ofertiva, sacrificial, reparadora. Es la ratificación hasta el máximo de nuestra unión plena y consciente al Sacrificio Redentor. Unión para la que fuimos destinados y consagrados en el

Bautismo, cuando aún no teníamos conciencia de tan alta dignidad. Unión con Jesucristo, sacrificado por nosotros, y unión mutua entre todos los que participamos de la misma Mesa, del mismo Pan, para formar un mismo Cuerpo: *Comunión*. Ya no podrá separarse, ni siquiera en el nombre, lo que Dios ha unido. *Comunión eucarística* y *comunión con la Iglesia*, que es también el *Cuerpo de Cristo*.

Pero este Sacrificio, consumado por la *Comunión - Banquete sacrificial—* no acaba en la muerte, sino en la *Vida*. Partícipes de su *Muerte*, lo somos también de su *Resurrección*. El que come esta carne y bebe esta sangre tiene *Vida eterna*. En el alma y en el cuerpo. «*Yo le resucitaré en el último día*». *Resurrección gloriosa* de nuestra carne, porque ha llegado a ser —*Comunión—* carne de *Jesucristo glorioso*.

Banquete sacrificial, que florece en *glorificación*.

Esto es la *Misa*. Plenitud dogmática de *Vida y de Verdad*.

